

Alfonso Múnera: Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2005, 225 páginas.

Por allá por la navidad del año de 1992 al 93 llegué por primera vez a la ciudad de Cartagena. No era más que un estudiante de doctorado que investigaba sobre el pasado colonial de la ciudad de Cartagena y el Caribe. Llevaba más de un año sumergido en los documentos que al otro lado del Atlántico se conservan en el bello y valioso Archivo General de Indias y arribaba con la excitación de poder oler, ver y sentir de lo que solo sabía por papeles antiguos y libros de historia, de alimentar lo que sólo tenía en mi cabeza, en mi imaginación. Desde hacía tiempo el grupo de investigación del cual formaba parte venía manteniendo contactos con un historiador cartagenero, que por ese tiempo trataba de construir un espacio académico donde discutir y releer la historia de Cartagena, de la región Caribe y sobre todo la historia de los silenciados.

Todos los investigadores del pasado del Caribe colombiano sabemos de las deficiencias de una historiografía costeña, señalada por ilustres nombres que habían hecho un notorio esfuerzos por reconstruir y recuperar la historia de las ciudades del litoral, pero con más corazón que ciencia. Anécdotas, acontecimientos gloriosos, héroes y sobretodo una historia cargada de un sesgo institucionalista que en ocasiones parece más una reconstrucción novelada de un idílico tiempo que una realidad pasada posible. Así, de esa forma nació la facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena y se creó un programa de Historia donde se comenzó a discutir, a reflexionar, a pensar, a releer sobre el pasado, pero desde otra óptica, con otra mirada. Ahí conocí a Alfonso Múnera, ahí me alimenté y descubrí lo intenso de lo humano en el calor del trópico, algo que no podía percibir en las pulcras mesas de la biblioteca de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla o en el monumental Archivo General de Indias. La cultura -ahí radicaba la diferencia- hay que leerla, sentirla, reconocerla y aceptarla. Así, a lo largo de toda la década de los años noventa algunos investigadores alimentamos la discusión y empezamos a hacernos preguntas diferentes a la del nombre del gobernador tal y a cuantos soldados murieron en la batalla o sobre si el ilustre fulanito de tal trajo una infraestructura que llevó la modernidad a la historia de la ciudad. Ahora, las cuestiones giraban en torno a los hombres normales, a los

protagonistas de la vida común y cotidiana, lo que la historiografía llama los sectores subalternos, en fin los artesanos, los trabajadores del común, los soldados, los marineros... agentes activos en la construcción de todos los aconteceres y procesos históricos, la carne, el sufrimiento, el sudor, pero también el goce y la alegría: el hombre.

Múnera nos planteó y nos puso a pensar en lo de aquí, en una mirada desde el Caribe, en un lugar donde el horizonte es infinito, donde el mar marcó el compás de los aconteceres, y los vientos y las mareas trajeron y llevaron hombres, plantas, animales e ideas que cambiaron desde el escenario de la naturaleza hasta el color de la piel de sus habitantes y donde la mezcla y lo híbrido explotó en la exhuberancia de un territorio que forjó gran parte de su identidad en el intercambio mercantil.

La otra idea que sostenía su tesis es definitiva para comprender la dimensión del pasado de la región. La diferencia de los intereses del *civilizado* mundo andino y de las tierras calientes y oscuras de la costa caribe, lo que otro colega ha denominado las memorias enfrentadas. Por tanto, el Caribe como marco natural para comprender el pasado del territorio litoral y la incomprensión secular y hasta desprecio del hombre andino por el mundo de la costa centró la discusión historiográfica de los últimos años. Desde entonces, una parte considerable de los actuales investigadores de la historia del Caribe colombiano usan esa mirada, para interpretar la memoria de los procesos del pasado. En gran medida, el responsable directo de estos planteamientos es Múnera; con la publicación del *Fracaso de la Nación*, donde se pone en tela de juicio, -partiendo de los dos supuestos explicados con anterioridad- la viabilidad del proyecto de construcción del Estado Nación que se propuso desde Bogotá en el siglo XIX y donde además se nos presentaba por primera vez en la historiografía costeña la idea de que los sectores subalternos también participaron en un acontecimiento tan decisivo como fue la guerra de expulsión de los españoles y la preparación de los primeros proyectos políticos de la joven y naciente República. Los mulatos y uno de sus líderes más sobresalientes aparecen por primera vez en un papel destacado y en la elaboración de los procesos históricos de la ciudad de Cartagena y de la región litoral caribeña.

Si bien es cierto que el libro levantó una polémica académica fuerte y que fue criticado, en alguna ocasión por historiadores que no han demostrado nada, con el débil y manido

argumento neopositivista de apegarse a las fuentes documentales –las cuales además no se molestan en buscar-, aduciendo que estas refrendan verdades absolutas, sin acudir a la reflexión pausada y a la lectura comparativa de lo que se está produciendo en otras partes del continente y del mundo, hacía mucho tiempo que un libro no generaba tantas páginas escritas y seminarios de discusión y lo que sin duda alguna quedó a partir de su publicación en cuanto a los planteamientos de los investigadores costeños. Desde esa reflexión todo cambió y las preguntas fueron distintas, incluso las de los historiadores del interior del país que como siempre restan valor e importancia a cualquier propuesta teórica proveniente de las tierras calientes, lo que da como resultado la falla general de sus trabajos que dejan bastante que desear pues no alcanzan a entender bien la pluralidad geográfica, étnica y cultural del caribe colombiano.

Ahora, con la publicación del libro de ensayos históricos *Fronteras Imaginadas*, Alfonso nos presenta otra propuesta sobre sus obsesiones, el de un intento por rescatar la memoria de la región y de sus hombres, no solo de los artesanos mulatos, si no también la de los ilustrados comerciantes de la élite que ejercieron poder e influencia en la Cartagena previa a la expulsión de los españoles. Así, el ensayo sobre la obra del comerciante Pombo se nos presenta como un estudio riguroso de su pensamiento a través de una cuidada lectura de sus escritos. Del mismo modo, la mirada hacia los libros del pasado y su interpretación se dirige a los *textos canónicos de la formación de la Nación* desgranados de forma minuciosa para ponernos en evidencia la ideología sesgada de los *pensadores de la nación*. Había que construir una geografía e influenciados por el pensamiento europeo de la superioridad racial intentar imaginar una nación que no estuviera llena de indígenas, afrodescendientes y todo tipo de *clases* surgidas de la espontaneidad natural humana. De esa forma, decontruyendo los textos de Caldas, de los hermanos Samper, Camacho Roldán ... etc., se pueden entender las bases ideológicas sobre las que se elaboró el proyecto de Nación y sobre la que se excluyó a un porcentaje elevadísimo de los habitantes de lo que en un futuro se acabaría convirtiendo en un territorio todavía repleto de excluidos. La superioridad racial del blanco y natural de la civilización andina a la que Dios había agraciado con una naturaleza amable, fértil y en definitiva dispuesta para presentarse como modelo natural, político y espiritual superior al de todas las costas y tierras calientes llenas de miasmas, climas malsanos y degradaciones de la raza humana. Por ello, posiblemente y por la miopía de una clase política andina, encerrada en las montañas se perdió el territorio

geohistórico más importante de la joven república: Panamá. La estulticia política de un presidente llamado Marroquín que se jactaba en su suprema ignorancia y aldeanismo santafereño de no conocer el mar, demuestra que los rumores de la modernidad no se oían cerca de las estrellas. ¿Qué clase intelectual y política podía ser aquella que no sabía que Panamá era el territorio deseado por todos los imperios y sobretodo por el joven del Norte del continente?, y que todas la miradas del mundo se posaban sobre ese territorio que se perdió irremisiblemente. En mi opinión el mejor ensayo de todos, que nos muestra la tragedia de una nación que todavía hoy no se reconoce.

Quizá a mi manera de entender, los ensayos más discutibles son los dedicados a los sectores subalternos y a los mulatos. Armados con especial cuidado y un manejo conceptual e historiográfico riguroso, en ocasiones uno siente que son intuiciones, reflexiones muy finas y presentadas de manera impecable que dan juego a una elaboración profunda sobre el tema. Aunque definiendo la intuición como lo más importante en la creatividad de un historiador entiendo que es la parte más vulnerable del libro. Es indiscutible y ese es el mayor logro de este planteamiento que esta mirada ha cambiado en ocasiones el rígido y poco flexible modelo del dato. La interpretación de los textos, ahí es donde esta el juego del entendimiento del pasado y creo que Múnica logra eso de manera sobrada. Cuestionable o no, hoy este nuevo trabajo es motivo de discusión, de acalorados debates, de discrepancias fuertes y en ocasiones encendidas. Creo que más no se le puede pedir a un libro.

Por último, quiero hacer un pequeño comentario sobre la escritura del texto: preciso, elegante, certero y con una sintaxis cuidada a un nivel de la mejor literatura no me queda más que felicitar al colega y reflexionar a cerca de lo que producen los historiadores. Seguir escribiendo para especialistas en un lenguaje oscuro, ininteligible para los no versados en la materia, es negar el conocimiento y negarse a los lectores. Los textos de los historiadores son tan especializados que aburren al lector común. Creo que eso es una responsabilidad de todos nosotros y creo que Múnera nos enseña como un libro de historia puede y debe provocar placer en su lectura y *Fronteras Imaginadas* es un ejemplo de ello. Por esto, sólo me queda añadir, la polémica está servida, esperemos cual es la respuesta de la historiografía regional y nacional. Retomando la frase de Germán Vargas cuando salió *Cien años de soledad*, es un libro que hará ruido.

Antonino Vidal Ortega*

* Jefe del Departamento de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad del Norte. Profesor e investigador miembro del Grupo de Investigación en Historia y arqueología del Caribe Colombiano de la misma institución académica. Director de Memorias.